

¡MUY BUEN VIAJE!

.....
Cortesmente os acompañamos, queridos enemigos nuestros, hasta el umbral de la casa. La cuadrilla, compuesta de doce respetables caballeros, que ha venido á robarnos y nos ha robado un año de existencia, amén de muchas ilusiones y de algunas verdades, se despide ahora, ó, lo que es lo mismo, cambia de nombres y de trajes para continuar cometiendo las mismas fechorías.

Esos doce señores tienen casi todos la propia estatura, pulgada más, pulgada menos. Solo uno, el travieso, el medio loco, es un poco más bajo. Cada cuatro años crece como si se empinara para ver quién es el mero presidente, pero en seguida recobra su habitual tamaño. Este chiquitín parece un cascabel.

Antes de que se alejen esas doce personas, que ya están con el sombrero en la mano, debemos saludarlas con respeto como se saluda generalmente á los ladrones. Véamoslas por última vez, pero no tales como son, porque á nadie es bueno ver tal como es, sino como las disfraza nuestra fantasía, como las pinta la memoria. No iguales, no uniformadas, no con sus treinta ó treinta y un casillas de tablero invariable, sino distintas, individualizadas como las vemos al través de los recuerdos.

¿Qué es Enero? Es un niño; pero no un niño recién nacido, sino un niño que ya come dulces, compra juguetes, pide dinero á su papá y empaña con su vaho el cristal de los aparadores. Le gustan todos los colores así como de joven le gustarán todas las bonitas. Salta como la pelota, corre como el aro, gira como el trompo. A veces es ya un verdadero general, la prueba es que maltrata á sus soldados. A ratos deja la espada por la prestidigitación, por la caja de suertes ó de escamoteos, y se convierte en hombre político; color de rosa es

su cutis, porque Enero no come pan como nosotros sino merengues, caramelos y cerezas.

Este mes no existía antes. Es francés. Hay quien opina que vino con su tambor flamante y su corneta de brillantísimo latón cuando vinieron los zuavos. Pero él lo niega. Asegura que llegó en un baúl de una cantatriz de ópera bufa. Poco á poco fué recibiendo su equipaje: las bolsas de dulces, las capitas de raso acolchonado, los muñecos que dicen *sí* como los diputados, las muñecas que cuestan mucho como las mujeres, los ferrocarriles de hojalata, las casitas de madera. Antes no había más que un niño de porcelana, el Niño Dios. Desde que vino el francesito Enero hay muchos rorros.

Tras de Bebé llega Cascabel.

Es el más rehilete que no cesa de moverse. Ya ese no es niño... ¡qué ha de ser! Cierra el rector la puerta del colegio, apaga los faroles de los claustros, ronda las celdas con paso cauteloso, espía por los agujeros de las cerraduras: todos duermen. Tranquilo, pues, refúrase á su cuarto. Pero apenas ha abierto el viejo rector su libro de pergamino, apenas se ha sentado en el sillón de cuero, cuando Febrero, que se fingió dormido, entorna la puerta de su celda, atraviesa de puntillas los pasadizos, y los corredores, baja las escaleras sin hacer ruido, como baja una bolita de azogue por el plano inclinado de un espejo. . . . Salta las tapias de la huerta. . . . ¡y allá va por la calle obscura rumbo al teatro! ¡Qué colegial! ¡Qué alegre y decididor es Cascabel! ¡Qué bien sabe arrancar una careta. . . . con los labios! ¡Y cómo duerme en Marzo el chiquitín desuelado!

¡Ah! Marzo es triste. Es el regaño después de la travesura. La mamá se pone seria. Cascabel le anda huyendo el cuerpo; pero al cabo la entrevista es inevitable. Inútil fué que Cascabel se quedara á fumar con una tía, inútil que llegara á su casa después de media noche: la señora espera. Y fué preciso oírla.

¿Cómo paga Febrero su estudiantil escapatoria? Pues como la pagan todos los hijos de padres católicos antes de cumplir los quince años, yendo hipócritamente compungidos á la sacristía de alguna iglesia en donde los aguarda el confesor de la mamá. Mes de Cuaresma.

La rosa se quita su corsé. La violeta abre los ojos. El agua no es lluvia aún, es rocío. El pájaro sale de la escuela. Y en la atmósfera azul, cantando *bras dessous bras dessus*, corren Abril y Mayo por los campos. Abril es hombre; mujer, Mayo. ¿Qué si se casaron? Creo que sí, pero no lo aseguro. En todo caso se casarían ayer: todavía se aman mucho. Muy lindo es el sombrerito que lleva ella. Muy elegante la corbata de él. Están contentos de la vida los dos novios. Y ni él conoce á ella ni ella á él.

En llegando al último día del mes risueño, comienza el año á entristecerse. Ya va de bajada. Junio y Julio no están tristes habi-

tualmente, pero sí de mal humor. Riñen con sus mujeres, padecen reumas de cuando en cuando. ¿Veis á ese caballero de paletot de hule, sombrero hongo y de paraguas inglés que se dirige al teatro, al club ó á algún café en noche lluviosa? Ese caballero es Junio que se aburre en su casa. ¿Y aquel otro que va á la casa de una amiga? ¡Ese es Julio!

Agosto reconcilia á los esposos mal avenidos. Trae un niño rubio para ellos y. . . . para otros un puñado de oro. Por algún tiempo recobra el año su alegría; pero ya no es amor el que lo anima: es la ambición, es el deseo de gloria, es la lucha por conquistar el vellocino de oro.

¡Qué ruido hace Septiembre! Tambores, clarines, disparos de cañón. . . . ¡seré fuerte! ¡seré poderoso! ¡seré rey! ¡Es el hombre en plena virilidad corriendo en pos de la fortuna ó de la gloria! Pero á poco el delirio se apacigua: ¡allí está Octubre! El crepúsculo azul envuelve el alma, se siente uno cansado; se desea, no la muerte, pero sí el sueño. Después de todo, la gloria es vana. Mejor es la dicha del hogar. Mejor es llevar á los niños de paseo en esas tardes que comienzan á ser largas para que los papás puedan ir á la calzada con sus hijos. Mejor proveerse de pieles para el invierno. Ya tenemos nuestra casa, nuestra mujer, nuestra familia; ¿para qué ir en busca de aventuras?

Pero la vida no perdona. El apuntador llama á otro personaje y éste se presenta: es Noviembre. Las campanas se estremecen cuando él llega. La naturaleza encógese aterida y la noche comienza á ser muy larga, como para acostumbrarnos á la muerte.

Noviembre es blanco, pero no como el traje de las novias; no como el azahar; como la cera. El nos enseña lo que Renan llama la última ciencia: la resignación al olvido.

Y ya en Diciembre todavía vivimos; pero no en nosotros sino en nuestros hijos. Es el mes niño y no el mes viejo como lo pintan los artistas que no saben verlo. Por eso Jesús quiso nacer en él, y por eso vemos cómo se alegran todos los niños en Diciembre. Es el mes de los cohetes y de las zamponas, de los panderos y de los rabeles, el mes en que hasta el mismo Dios es niño.

Nosotros vemos jugar á nuestros hijos y vamos cerrando los ojos poco á poco.

Llega San Silvestre, reza las oraciones de los agonizantes, y mientras los niños dejan sus botincitos en la chimenea para ver qué deja en ellos el nuevo año, nosotros nos vamos por no estorbar y seguros de que nada trae ya para nosotros.

OBERTURA DE PRIMAVERA

Este, según cuentan los que saben de esas cosas, es el mes de las golondrinas. En él vuelven las muy egoístas, las que se van cuando tenemos frío; las que no cenan con nosotros en la Noche Buena; las que no quieren acompañarnos á visitar los sepulcros de nuestros muertecitos en Noviembre..... ¿Por qué he dicho muertecitos.....? ¡Ah, sí, ya entiendo: porque todos los seres queridos de nuestra alma que se han muerto, nos parecen niños, criaturas, hijos nuestros que se han ido.....y que ya nunca, nunca volverán! Y les decimos muertecitos para igualar el cariño, el amor que les tenemos, con el cariño, con el amor que sentimos por los más amados: por los hijos.

Ya vuelven las revoltosas golondrinas! Pero ¿de dónde vuelven? Dicen algunos que de Africa.....Yo no puedo creerlo. ¿Qué han de ir á hacer esas inocentes entre tanto negro? Tal las quiero, que no me resigno á suponerlas ingratas ni egoístas; no me imagino que se van para no acompañarnos en las tristezas del invierno: creo que se mueren en una azul tarde de Octubre, y que al venir la Primavera resucitan. ¿Morir no es dormir? ¿Nacer no es despertar? Y me confirmo en esta opinión el observar que nunca vienen golondrinas nuevas. Como ustedes habrán observado, siempre son las mismas. Y hasta regresan á la misma casa, al mismo nido que antes ocupaban, y que, en su ausencia, no se alquila á nadie. Si se fueran de viaje, unas se quedarían allá, otras se casarían con algún pájaro rico de los Estados Unidos; naufragarían tal vez algunas; morirían otras..... y nada de eso pasa! Las golondrinas que vienen siempre son las mismas.....y vestidas lo mismo como buenas hermanas.

Un sabio—para mí los grandes poetas son los sabios—dijo de no sé cuáles golondrinas:—¡Esas no volverán! A semejanza de Platón, Gustavo Adolfo Becquer desterró de la república de la atmósfera

á sus poetas, á las golondrinas. Pero el tirano Becquer se engañó: esas golondrinas, sentenciadas por él á ostracismo perpetuo, sí volvieron..... nada más que ya á él no lo encontraron. Las golondrinas vuelven, tan frescas y tan alegres como de costumbre. Los que ya no volvemos cuando nos vamos, somos nosotros. Y ¿cuándo nos vamos? Algunos creen que cuando nos morimos; cuando cerramos los ojos; cuando ya no hablamos. Pero no es así; entonces se va uno el último..... el capitán del barco que en caso de naufragio es el postrero en salir de la nave que se hunde. Pero ya antes hanse ido muchos.

Porque uno no es uno sino muchos. ¿Soy yo acaso el mismo que hace diez años? ¡No, ese ya se fué! No nos despedimos de nosotros mismos, porque somos de casa y nos tratamos con muchísima confianza. La ciencia misma prueba claramente que este cuerpo nuestro de hoy, no es nuestro cuerpo de ayer ni será nuestro cuerpo de mañana. Las moléculas viajan eternamente. ¡Quién sabe en dónde estarán las partículas que formaban mi mano derecha cuando escribí con ella, hace doce años, mi primer artículo!

El cuerpo, el yo material, es una casa de huéspedes.....un hotel. ¡Y el alma.....! ¡Oh, el alma, muda mucho más! Diríase que no paga la casa y que á menudo la despide el propietario. Primero vive en un templo; luego entra de interna en un colegio; después pone casa, para quitarla á poco; y así va de mudanza en mudanza, hasta que el cuerpo se fatiga, se echa en tierra, y el alma, lanzada por el último casero, se va á esconder en no sabemos qué lugar, sin dejar á nadie su dirección. ¿Es usted acaso, señora, la misma mujer que escribió la primera carta al primer novio, y que quiso morir cuando recibió la última de él? No, ¿verdad? La prueba es que esa quería morir y usted vive. Esa era señorita y usted es señora. ¡Aquella pobre joven se murió!

La vida es una estación de ferrocarril en la que todos vamos á despedirnos diariamente de nosotros mismos. El yo de hoy le da en esa estación un abrazo muy estrecho al yo de ayer.....y se queda esperando al de mañana.

Por algunas horas está haciendo recuerdos del ausente; pero cuando llega el otro, sube para irse al wagón mismo en que éste vino, ¡y así siempre! ¿Qué es el pretérito en gramática? Es un epitafio. Es un *Hic jacet*. Casi siempre cuando decimos «dije,» lo que queremos decir es «ya no lo digo.» Arrepentirse es enterrar á un muerto, es vestirse de luto por uno mismo. Yo creí.....Yo esperé.....Yo amé..... ¿Qué significa todo esto? Que ya no existe el que creía; que ya no existe el que esperaba; que ya no vive al que amó. Ese yo es un intruso, es un entrometido. Es un deudo de alguién que murió y que desea, impiamente, hacerse pasar por el difunto. Es en resumen, un suplantador.

Todos morimos muchas veces. En una misma persona se muere el niño, se muere el joven, se muere el pensador, se muere el poeta, se muere á veces el hombre honrado y así hasta que se va el último tren. Por eso creo que se equivoca Becquer: las golondrinas vuelven siempre. Pero ya no nos encuentran. ¡Ya nos fuimos!

Las golondrinas que «aprendieron nuestros nombres,» como decía Becquer refiriéndose al nombre de él y al de su amada, regresan y se acuerdan de ellos; pero los nombres son los que han cambiado. Ellas se acuerdan y puede ser que nosotros no nos acordemos. La ventana no se ha movido; el beso suena siempre lo mismo; siempre es beso; el «yo te amo» tiene hoy las mismas sílabas que ayer; pero á la ventana asoma otra mujer; el beso va á posarse en otros labios, y el «yo te amo» va á esconderse en otro oído.

Las golondrinas vuelven y se visten de pardo porque están de medio luto por la mitad de nosotros que murió. Las que no vuelven son las otras golondrinas: los seres amados á quienes perdemos. Jesús resucitaba; pero Jesús ya se murió. Y cuando se piensa en estos ausentes—y se piensa en ellos siempre—dice uno hablando con ese eterno interlocutor nuestro—que ha de existir, porque si no existiera no tendríamos jamás con quien hablar—Señor, no resucites á los muertos que yo amo; pero resucita mi alma para que espere y crea volver á unirse á ellos. Resucita á los vivos que están muertos!—Y después en voz baja, se le dice también: ¡Y tampoco te llores ¡oh Dios mío! á estas pequeñas golondrinas que anidan en nuestra casa, que alegran nuestro hogar, que purifican nuestra vida porque esas golondrinas sí no vuelven!

FLORES Y ENTIERROS

La Primavera sonrío, y como las hermosas coquetuelas, mata. Contrasta el azul del cielo, la limpidez de la atmósfera, la greguería de las aves, el olor de las flores recién abiertas con el color tétrico y el aspecto tristísimo de esos ataúdes que en las primeras horas de la mañana y á la hora voluptuosa de la siesta atraviesan la ciudad. ¿Por qué matas, Primavera? ¿También tú usas, en la liga, reluciente navaja, como las de esas andaluzas de mantilla blanca, negro cabello y clavel en el cabello, que danzan y que beben manzanilla en el barrio de Triana?

Los ataúdes negros suelen encontrarse con las parvadas de golondrinas blancas que van á ofrecer flores á la virgen. Parece que esas niñas llevan las alas plegadas, como los cisnes. Van riendo, van jugando, entran al templo como si entraran á su casa . . . y en verdad el templo es casa de ellas. Todas las palpitaciones de la vida que empieza, de la vida que retoza, de la vida que canta, se oyen, se ven en esas niñas que semejan lirios y que agrupadas forman como guirnaldas de gardenias. El cirio está hecho como para sus manos, la hostia como para su boca, la dicha como para ellas.

Pero ¡qué tristeza ver cómo se encuentran esas golondrinas blancas con los ataúdes negros? Pues que, ¿también se morirán esos que-rubines? También caerá la tapa negra sobre esas blancuras?

Detenido cerca del templo á donde acaban de entrar las pequeñas canéforas, miro pasar algunos cortejos fúnebres. El primero es suntuoso: queda mucho dinero en la tierra y se hunde mucha vanidad en el sepulcro. Hasta los caballos del carruaje empenachado fingen que van tristes. Parecen dolientes altos, corpulentos, gravedosos que abren la marcha con solemne paso. El séquito de wagones es muy

largo. ¡Cuántos amigos tienen los ricos cuando los entierran! Todos disputan el honor de acompañar el cadáver hasta el cementerio, porque la asistencia á funerales como esos, es una patente de buen tono, una manera de exhibirse como miembro, de número ó *snob*, de la alta sociedad, un pretexto para encontrarse con tal ó cual banquero y arreglar algún negocio. Estos entierros siempre van despacio, majestuosamente.

En cambio, ¡qué aprisa van los de los pobres! Podría creerse que hasta después de muertos esos infelices corren y corren tras del peso diario. Van á escape, como criados solícitos á quienes manda el amo á alguna parte. Las mulas del carro fúnebre quieren llegar pronto. El cochero va alegre, azotándolas á cada instante con el látigo, como el gomoso azota los caballos de su *buggy*. Ya la ciudad está ansiosa de que salga aprisa fuera de garitas esa basura humana. No despide esos cadáveres; los dispara. Los vecinos temen contagiarse, porque las enfermedades de que mueren los pobres siempre son contagiosas. Y por eso el carro va á todo correr y cruza lo más temprano posible por las calles, cuando están menos frecuentadas, cuando todavía no se levantan las personas decentes, para que los transeúntes no renieguen del difunto.

También el muerto, si aun pudiera tener voluntad, querría ir aprisa. ¡Pronto fuera de la vida, pronto lejos del casero, pronto tapie la tierra esos ojos para que ya no lloren y vean lástimas!

Atrás va un wagón verde. En él—circunstancia que no observaréis nunca en los wagones de entierros elegantes—van mujeres. ¡Qué mal corazón tienen las mujeres de los muy pobres! Acompañan á sus esposos y á sus hijos hasta que los echan en la fosa!

A los verdaderos dolientes, á los que lloran de veras, se juntan otras personas de la vecindad, por buen corazón algunas y otras porque no conocen el Panteón de Dolores, porque desean ver desde su plataforma los volcanes y el castillo de Chapultepec. De manera que esos wagones verdes siempre van atestados. Y como para esos coches no hay cortinas blancas ni persianas, porque el duelo de los pobres es enteramente descarado, podemos ver á todos los que tristes ó curiosos van siguiendo al difunto y azuzándolo para que salga aprisa de la ciudad, antes de que lo atrape algún gendarme. Los pobres, aunque sean honrados, siempre tienen miedo, y con justicia, á los gendarmes.

Es un pasatiempo melancólico para las fantasías enfermas y las curiosidades pálidas, el de fingirse la figura, la vida, la familia, la casa del desconocido á quien llevan á enterrar. Se equivoca uno las más veces; pero como no lo sabe, como solo por rara coincidencia puede uno descubrir su error, queda el placer de imaginar que se ha adivinado. Cada soñador—se requiere ser soñador y un mucho vagabundo para disfrutar de esos placeres—da nombre, cuerpo y alma

distintos, según el temperamento que tenga, á los muertos desconocidos que ve pasar encajonados.

Pasa un carro fúnebre cubierto de rosas blancas. El cajón es largo. En él caben veinte años. El soñador romántico ve, en esas rosas, estériles madres que no pudieron dar á luz á sus risueños hijos los pequeños azahares. En el ataúd va durmiendo la hermosa novia que soñaba en vida. ¡Qué blanca y pálida ha de estar entre azules cojines! Iba á casarse; era blanca; era blanca; fué á un baile, abotonó mal su capota al salir del salón cuando iba á amanecer; lloviznaba . . . y «unas gotas de lluvia sobre otras gotas de sudor, ¡eso es la muerte!»

El soñador pesimista mira pasar el propio carro y casi se alegra. Murió joven, antes de ser más desgraciada de lo que ya era. No dió la vida á seres infelices. Fué inútil, fué infecunda para el eterno dolor. Una criatura menos, la desaparición de una molécula de amargura humana. Habría emponzoñado la vida de uno ó muchos hombres; habría engendrado por egoísmo, por placer, seres desventurados. Hizo un menor mal, porque no vivió más. La humanidad está de plácemes.

Y tal vez ambos curiosos se equivocan. Acaso era la muerta una vieja solterona á quien la vanidad cubrió de rosas blancas.

Ataúdes tristísimos son los pequeños, esos que parecen juguetes, esos que son blancos, esos que parecen hechos para encerrar un corazón. En ellos van las que no pudieron ofrecer flores, porque las suyas no rompían sus botones aún, y van á dormir bajo las rosas que no llegaron á sus manecitas. ¡Qué angustia, qué congoja da pensar que esas criaturas débiles, medrosas, van á lo negro, á lo hondo de la tierra! Y se van á millares, como bandadas de pájaros; pero no se van como éstos, para arriba, por el aire, para la luz; sino que se filtran como interminable chorro de agua clara en la arena oscura y sedienta siempre. ¿Por qué, Señor, no truecas esos cuerpecitos en aromas que se evaporen?

¿Por qué no arden y se consumen y extinguen como los cirios? ¿Acaso entierran á las violetas? Quién sabe adónde se las lleva el viento; pero no les echan nunca encima paletadas de tierra. Las mariposas no mueren: se borran. Yo no he visto jamás la tumba de una alondra.

Deja la tumba para el hueso amarillo del anciano. Deja el lecho recóndito para el viajante que ha merecido descansar. Pero haz con los niños lo que haces con las mariposas, con las aves, con las flores, con todo eso que no va al sepulcro, que no aplastan con una lápida. Las palomas no tienen camposantos. Y mira á esas niñas que ahora salen de la iglesia . . . ¿no parecen palomas? ¡Un columbario para ellas, algo que las convierta en un haz de plumas albas que pueda erguirse y conservarse en tiesto de alabastro!